OSWALDO GUAYASAMIN EN MENDOZA

ESTETICA SOCIAL TANGIBLE

Los muralistas mexicanos expresaron, quizá del modo más exacto, la síntesis anhelada entre arte y realidad social. Las amplias superficies pintadas por Siqueiros y su perspectiva agónica, tan lejana a la racional mirada renacentista, o la épica indigenista de José Clemente Orozco y Diego Rivera, marcaron un camino con innumerables ecos en la plástica y el pensamiento latinoamericano de la primera mitad del siglo.

El ecuatoriano Oswaldo Guayasamín es el último pintor vivo que entronca directamente con este movimiento artístico de denuncia social bajo el signo de los hechos políticos de los últimos tiempos.

La fuerza de su imagen, más allá del panfleto, y el eterno retorno a los sentimientos como ingrediente constante en la obra de Guayasamín, universalizan su mensaje y sitúan al pintor entre los grandes artistas de este siglo.

Con la presencia del pintor, el Museo Emiliano Guiñazú-Casa Fader inauguró una muestra con más de 70 obras pertenecientes a la Fundación Guayasamín de la ciudad de Quito, que se podrá visitar en Mendoza hasta fin de mes. En julio viajará a Buenos Aires para ser expuesta en las Salas Nacionales de Exposición.



GUAYASAMIN SEGUN LA M

EL SONIDO D

La obra del pintor ecuatoriano vista por Eliot, Sabsay y Zea pone en exhibición al artista forjado desde la mitología de la raza, mezcla de indio y mestizo, hasta el hombre que asume su preocupación por los demás hombres, cercanos y concretos.

En la década del 70, críticos como Alexander Eliot, Claude Sabsay y Leopoldo Zea pusieron la obra de Guayasamín en la mira. Para Eliot, la pintura contemporánea, aunque mucho más breve, tiene una tradición más rica y deliberadamente antropocéntrica que todas las escuelas anteriores. "La protesta —dice— aparece ya con Goya en *El fusilamiento del 3 de mayo*, con Vincent Van Gogh en *Los comedores de patatas*, y en *El rostro humano*, tríptico de Guayasamín, tres obras que alcanzan la misma intensidad dramática", afirma. No es raro entonces encontrar textos sobre el pintor ecuatoriano que forman colección junto a biografías de pintores universales. Es sabido que Guayasamín, a pesar de haber sido huésped entusiasta del mundo comunista, especialmente en China, nunca fue homenajeado ni en Pekín ni en Moscú cuando realizó muestras. "Su lenguaje es demasiado abrasador para complacer a los burócratas", agrega Eliot a la vez que señala el profundo enriquecimiento de su obra luego de su permanencia en China, de cuyos antiguos maestros aprendió la sencillez y extrema rapidez de ejecución.

Claude Sabsay considera que la denuncia en Guayasamín aparece porque "su pintura es esencialmente el anhelo de un pueblo que busca su libertad, la plena expresión de poder ser humano". Es la historia de la marginalidad y la pobreza, de los Juanito Laguna, del mismo pintor,

creativa

GUAYASAMIN SEGUN LA MIRADA DE LOS CRITICOS

EL SONIDO DE LO HUMANO

La obra del pintor ecuatoriano vista por Eliot, Sabsay y Zea pone en exhibición al artista forjado desde la mitología de la raza, mezcla de indio y mestizo, hasta el hombre que asume su preocupación por los demás hombres, cercanos y concretos.

En la década del 70, críticos como Alexander Eliot, Claude Sabsay y Leopoldo Zea pusieron la obra de Guayasamín en la mira. Para Eliot, la pintura contemporánea, aunque mucho más breve, tiene una tradición más rica y deliberadamente antropocéntrica que todas las escuelas anteriores. "La protesta —dice— aparece ya con Goya en *El fusilamiento del 3 de mayo*, con Vincent Van Gogh en *Los comedores de patatas*, y en *El rostro humano*, tríptico de Guayasamín, tres obras que alcanzan la misma intensidad dramática", afirma. No es raro entonces encontrar textos sobre el pintor ecuatoriano que forman colección junto a biografías de pintores universales. Es sabido que Guayasamín, a pesar de haber sido huésped entusiasta del mundo comunista, especialmente en China, nunca fue homenajeado ni en Pekín ni en Moscú cuando realizó muestras. "Su lenguaje es demasiado abrasador para complacer a los burócratas", agrega Eliot a la vez que señala el profundo enriquecimiento de su obra luego de su permanencia en China, de cuyos antiguos maestros aprendió la sencillez y extrema rapidez de ejecución.

Claude Sabsay considera que la denuncia en Guayasamín aparece porque "su pintura es esencialmente el anhelo de un pueblo que busca su libertad, la plena expresión de poder ser humano". Es la historia de la marginalidad y la pobreza, de los Juanito Laguna, del mismo pintor, indio de cuna y el mayor de diez hijos en una familia muy humilde que esperabade él algo muy distinto. Sabsay remarca en su estilo lo mismo que observó Eliot. "Guayasamín prescinde de todo lo accesorio y da a su obra un gran valor simbólico. La presencia del arte precolombino en sus imágenes es bien marcada. Incluso en su joyería, donde recicla viejos símbolos incas con lenguaje moderno", afirma. En su casa-taller de Quito, el pintor escucha música mientras pinta, lo que ha provocado que algún crítico diga que su obra tiene ritmo musical, tiene casi sonido. Y es posible porque si hay algo que Guayasamín ha pintado, ya sea en sus series pictóricas como en sus retratos, es la vida aquí abajo, en la tierra. La suya no es una pintura existencialista. Su preocupación por los hombres pasa por las injusticias, la miseria, los campos de concentración, las guerras y toda la gama de dolores, pasiones y también amores contemporáneos. "Toda la obra de Guayasamín presenta acontecimientos —dice Sabsay—, ocultando su visión personal. Es totalmente neutra. Sin embargo, creo que puedo decir que una persona que logra no derrumbarse ante la espectral visión de nuestro mundo actual, aunque no lo manifieste expresamente, aún confía en el hombre."

Retratos de amigos y hermanos toman una dimensión universal en la narrativa pictórica de Guayasamín y, en la sátira política, la ampliación de los rasgos es llevada al extremo cuando retrata, en la serie *Los culpables*, a presidentes, dictadores y políticos corruptos.

"Este arte, en su primer estado, ya constituye un fuerte eco de las evocaciones humanas que los muralistas mexicanos impusieron en contraposición al arte moderno universal", reflexiona Sabsay. Más cercano y concreto, el pintor ecuatoriano reconoce las fuentes que anteceden su expresión pictórica en las iglesias románicas, el cuadro *El entierro del Conde de Orgaz* de El Greco y el cine. A estos tres elementos, Guayasamín les agrega el uso del largo y ancho precolombino, que destierra la perspectiva. "El recurso de la perspectiva en un plano tergiversa la realidad falseándola, ya que un plano es un plano", afirma. Todo efecto de profundidad lo da el color.

Tal vez, la definición más precisa acerca de la serie *La edad de la ira* sea del mexicano Leopoldo Zea. "La obra de Guayasamín es la afirmación de nuestros hombres de América ante el insistente regateo de humanidad de los conquistadores colonizadores y neocolonizadores. Es la ira que pondrá fin al subdesarrollo, la miseria y todo el anacronismo en que seguimos viviendo", afirmaba el filósofo en la década del 70.



Autorretrato realizado en 1952. Oleo sobre tela de 110×80 cm. Pertenece a la colección del autor.

LA MUESTRA EN EL MUSEO FADER

Un viejo anhelo de Alfaro

¿A quién le dejo los clavos? —pregunta una chica que, mate en mano, va y viene de una punta a la otra del Museo Fader. El hombre bajito, robusto, lleno de salpicaduras de pintura en la cara, mira con insistencia el trabajo de restauración sobre el mural de Fernando Fader que se lleva a cabo en el ingreso de la casa. Es Gastón Alfaro, el director del museo, quien además es pintor. Sacarlo del ensimismamiento costó un poco. No se olvida de los clavos, ya que setenta y dos obras del maestro Guayasamín deberán sostenerse con ellos, y se asegura que la chica los deje bien guardados.

Nos sentamos en la sala norte del Fader y Alfaro va cediendo al diálogo. "Realizar la muestra es un viejo anhelo personal —reconoce, anticipando con la mirada lo que sigue—. Yo no conocía la obra de Guayasamín. Algunos amigos que sí la conocían no dejaban de remarcar la semejanza con mi trabajo. Al frente del Fader, por fin me di el gusto", afirma.

En agosto del año pasado comenzaron los contactos telefónicos de Alfaro con la Fundación Guayasamín. Pablo, uno de los siete hijos del pintor, que trabaja allí, le ofreció inmediatamente cien obras de la colección. Pero a Carlos Salvador La Rosa, ex ministro de Cultura, Ciencia y Tecnología, y a la directora provincial de Cultura, Regina Agüero de Rodríguez, les pareció una locura.

Aunque tener cien obras era utópico por los grandes costos de seguro y traslado, Alfaro se conformó con 70. "Son obras absolutamente representativas de la obra de Guayasamín —explica y sus ojos no dejan de brillar—. Para Mendoza es la primera experiencia de esta magnitud con un artista de nivel internacional", dice olvidándose de la retrospectiva de Julio Le Parc. "La presencia de su obra en la provincia la podremos medir dentro de algunos años. No me importa sólo que la gente venga y conozca el museo. Quiero despertar vocaciones —afirma aunque sus propios pinceles están parados—. No me quejo", dice y previene que se volvería a meter en proyectos de envergadura. Es más, el Museo Fader prepara para agosto/setiembre, una muestra con 30 obras de Pettorutti.

PRIMERA SERIE

Aparición de la madre

La muestra del ecuatoriano en Mendoza consistirá en una selección de obras de *La edad de la ira* (1980), *La edad de la ternura* (1980/90), una retrospectiva (1941/42) y una serie de retratos entre los que se encuentran el de Atahualpa Yupanqui, Adolfo Pérez Esquivel, Piero y José Tcherkaski. Tanto Piero como Tcherkaski descolgarán de las paredes de sus casas los retratos para integrarlos a la muestra, ya que son amigos personales del artista y participarán de un panel el lunes sobre "Integración y cultura" (ver aparte).

La edad de la ira es, como detalla Ariel Búmbalo en el catálogo de la muestra, "la más importante de las series realizadas por Guayasamín", compuesta por 250 enormes lienzos en los que el tema esencial es el cuerpo humano, expuesto una y otra vez para mostrar todas las alternativas de "la tragedia humana".

La edad de la ternura es quizá la primera serie pictórica donde Guayasamín se reconcilia con el amor, en especial el materno, por lo que está dedicada a su madre. El tema aparece en los años 80 bajo el nombre de *Mientras vivo siempre te recuerdo* y continúa en los 90, con una serie de bocetos dedicados a las Madres de Plaza de Mayo.

Cine alemán

Del 5 al 8 de julio se proyectarán en la Sala David Eisenschlas las películas prohibidas en la ex DDR durante el régimen. La propuesta es del Goethe-Institut y la DEFA, y a Mendoza llegará acompañada por los comentarios de Simón Feldman.

...IRADA DE LOS CRITICOS

...E LO HUMANO

...indio de cuna y el mayor de diez hijos en una familia muy humilde que esperabade él algo muy distinto. Sabsay remarca en su estilo lo mismo que observó Eliot. "Guayasamín prescinde de todo lo accesorio y da a su obra un gran valor simbólico. La presencia del arte precolombino en sus imágenes es bien marcada. Incluso en su joyería, donde recicla viejos símbolos incas con lenguaje moderno", afirma. En su casa-taller de Quito, el pintor escucha música mientras pinta, lo que ha provocado que algún crítico diga que su obra tiene ritmo musical, tiene casi sonido. Y es posible porque si hay algo que Guayasamín ha pintado, ya sea en sus series pictóricas como en sus retratos, es la vida aquí abajo, en la tierra. La suya no es una pintura existencialista. Su preocupación por los hombres pasa por las injusticias, la miseria, los campos de concentración, las guerras y toda la gama de dolores, pasiones y también amores contemporáneos. "Toda la obra de Guayasamín presenta acontecimientos —dice Sabsay—, ocultando su visión personal. Es totalmente neutra. Sin embargo, creo que puedo decir que una persona que logra no derrumbarse ante la espectral visión de nuestro mundo actual, aunque no lo manifieste expresamente, aún confía en el hombre."

Retratos de amigos y hermanos toman una dimensión universal en la narrativa pictórica de Guayasamín y, en la sátira política, la ampliación de los rasgos es llevada al extremo cuando retrata, en la serie *Los culpables*, a presidentes, dictadores y políticos corruptos.

"Este arte, en su primer estado, ya constituye un fuerte eco de las evocaciones humanas que los muralistas mexicanos impusieron en contraposición al arte moderno universal", reflexiona Sabsay. Más cercano y concreto, el pintor ecuatoriano reconoce las fuentes que anteceden su expresión pictórica en las iglesias románicas, el cuadro *El entierro del Conde de Orgaz* de El Greco y el cine. A estos tres elementos, Guayasamín les agrega el uso del largo y ancho precolombino, que destierra la perspectiva. "El recurso de la perspectiva en un plano tergiversa la realidad falseándola, ya que un plano es un plano", afirma. Todo efecto de profundidad lo da el color.

Tal vez, la definición más precisa acerca de la serie *La edad de la ira* sea del mexicano Leopoldo Zea. "La obra de Guayasamín es la afirmación de nuestros hombres de América ante el insistente regateo de humanidad de los conquistadores colonizadores y neocolonizadores. Es la ira que pondrá fin al subdesarrollo, la miseria y todo el anacronismo en que seguimos viviendo", afirmaba el filósofo en la década del 70.



Autorretrato realizado en 1952. Oleo sobre tela de 110×80 cm. Pertenece a la colección del autor.

LA MUESTRA EN EL MUSEO FADER

Un viejo anhelo de Alfaro

¿A quién le dejo los clavos? —pregunta una chica que, mate en mano, va y viene de una punta a la otra del Museo Fader. El hombre bajito, robusto, lleno de salpicaduras de pintura en la cara, mira con insistencia el trabajo de restauración sobre el mural de Fernando Fader que se lleva a cabo en el ingreso de la casa. Es Gastón Alfaro, el director del museo, quien además es pintor. Sacarlo del ensimismamiento costó un poco. No se olvida de los clavos, ya que setenta y dos obras del maestro Guayasamín deberán sostenerse con ellos, y se asegura que la chica los deje bien guardados.

Nos sentamos en la sala norte del Fader y Alfaro va cediendo al diálogo. "Realizar la muestra es un viejo anhelo personal —reconoce, anticipando con la mirada lo que sigue—. Yo no conocía la obra de Guayasamín. Algunos amigos que sí la conocían no dejaban de remarcar la semejanza con mi trabajo. Al frente del Fader, por fin me di el gusto", afirma.

En agosto del año pasado comenzaron los contactos telefónicos de Alfaro con la Fundación Guayasamín. Pablo, uno de los siete hijos del pintor, que trabaja allí, le ofreció inmediatamente cien obras de la colección. Pero a Carlos Salvador La Rosa, ex ministro de Cultura, Ciencia y Tecnología, y a la directora provincial de Cultura, Regina Agüero de Rodríguez, les pareció una locura.

Aunque tener cien obras era utópico por los grandes costos de seguro y traslado, Alfaro se conformó con 70. "Son obras absolutamente representativas de la obra de Guayasamín —explica y sus ojos no dejan de brillar—. Para Mendoza es la primera experiencia de esta magnitud con un artista de nivel internacional", dice olvidándose de la retrospectiva de Julio Le Parc. "La presencia de su obra en la provincia la podremos medir dentro de algunos años. No me importa sólo que la gente venga y conozca el museo. Quiero despertar vocaciones —afirma aunque sus propios pinceles están parados—. No me quejo", dice y previene que se volvería a meter en proyectos de envergadura. Es más, el Museo Fader prepara para agosto/setiembre, una muestra con 30 obras de Pettorutti.

PRIMERA SERIE

Aparición de la madre

La muestra del ecuatoriano en Mendoza consistirá en una selección de obras de *La edad de la ira* (1980), *La edad de la ternura* (1980/90), una retrospectiva (1941/42) y una serie de retratos entre los que se encuentran el de Atahualpa Yupanqui, Adolfo Pérez Esquivel, Piero y José Tcherkaski. Tanto Piero como Tcherkaski descolgarán de las paredes de sus casas los retratos para integrarlos a la muestra, ya que son amigos personales del artista y participarán de un panel el lunes sobre "Integración y cultura" (ver aparte).

La edad de la ira es, como detalla Ariel Búmbalo en el catálogo de la muestra, "la más importante de las series realizadas por Guayasamín", compuesta por 250 enormes lienzos en los que el tema esencial es el cuerpo humano, expuesto una y otra vez para mostrar todas las alternativas de "la tragedia humana".

La edad de la ternura es quizá la primera serie pictórica donde Guayasamín se reconcilia con el amor, en especial el materno, por lo que está dedicada a su madre. El tema aparece en los años 80 bajo el nombre de *Mientras vivo siempre te recuerdo* y continúa en los 90, con una serie de bocetos dedicados a las Madres de Plaza de Mayo.

Cine alemán

Del 5 al 8 de julio se proyectarán en la Sala David Eisenschlas las películas prohibidas en la ex DDR durante el régimen. La propuesta es del Goethe-Institut y la DEFA, y a Mendoza llegará acompañada por los comentarios de Simón Feldman.

OJO CON EL ARTE

La casona del Museo Fader resultó pequeña para el tránsito incesante de las mil personas que se reunieron para celebrar a Oswaldo Guayasamín el domingo, día fijado para la inauguración de su muestra, plena de vitalidad.

El domingo pasado, cerca de las siete, la Casa Fader se convirtió en casa tomada. A esa hora, el único que consiguió llegar hasta el micrófono, donde lo esperaban funcionarios y artistas, fue el propio Oswaldo Guayasamín. El maremágnum de gente —más de mil circularon por la vieja casona— le abrió un pasillo humano para que la inauguración de la muestra comenzara. Fotógrafos y cronistas locales y de medios nacionales se agolparon frente a la pequeña pero robusta figura del gran pintor ecuatoriano, quien no dejó de mostrar buen humor e interés por el buen vino y las mujeres bellas.

Aunque Víctor Heredia y León Gieco no hablaron, se llevaron todos los aplausos y, cuando la palabra la tomó el maestro Guayasamín, el auditorio comprendió que no sólo con el color es capaz de conmover.

Gastón Alfaro, director del Museo Emiliano Guiñazú-Casa Fader, abrió oficialmente los discursos, con visible satisfacción por haber llegado en tiempo y forma, con todo el equipo del museo, a esta inauguración.

"La obra de Guayasamín es un impacto directo al pecho de lo que es nuestra Latinoamérica —afirmó—. Nos merecemos que este hombre esté hoy entre nosotros porque él, a través de su pintura, logró plasmar el continente." Alfaro, como pintor, levantó el dedo y dijo: "Ojo con el arte", advirtiendo, desde el lugar de los pinceles, la fuerza de la imagen.

Fito Páez no estaba en la lista de los invitados especiales. Pero la ministra de Cultura, Ciencia y Técnica, María Susana Puerta de González, desconcertó por un instante a todos los presentes. A la hora de los agradecimientos, y luego de nombrar a Heredia y Gieco, la funcionaria siguió con Fito.

El cierre de los discursos estuvo en boca del vicegobernador de la provincia, Carlos de la Rosa, en representación del gobernador Rodolfo Gabrielli.

Concurso

Para todas las escuelas primarias de Mendoza se ha organizado un concurso denominado "Oswaldo Guayasamín en Mendoza", que también está dirigido a los secundarios. El concurso consiste en contestar preguntas sobre la vida del pintor ecuatoriano y enviar los datos a la dirección del Museo Fader. Hay premios.

"El niño enfermo", realizada en 1950. Oleo sobre madera, 120×70 cm. Colección Gustavo Guayasamín.

Habla Guayasamín

Con traje gris, camisa a rayas y corbata en tonos los verdes, Oswaldo Guayasamín concentró todas las expectativas una vez que la comitiva oficial le cedió la palabra. Con una envidiable vitalidad a punto de cumplir 74 años, el maestro sintetizó sus preocupaciones plásticas que no son diferentes a las que se plantea como ser humano, protagonista del siglo en estas latitudes. "Desde la época de la Primera Guerra Mundial las matanzas no han cedido. No ha habido un día en este ciclo sin que los hombres estén matando a los hombres —aseguró con la firmeza de quien lo vio con sus propios ojos—. Cuando vemos lo que está pasando en Yugoslavia, por ejemplo, nos damos cuenta de que estamos viviendo entre asesinos. Si seguimos a este ritmo, seremos los hombres los que desapareceremos...", sentenció.

Pero su preocupación más fuerte son los niños, tal vez sensibilizado desde la edad y ante la realidad que les toca vivir a los chicos del continente. "Estoy pintando la serie *Mientras vivo siempre te recuerdo* y las madres que aparecen en los cuadros no lloran. No tienen lágrimas porque sus hijos no pueden comer. Las lágrimas son un lujo frente a las atrocidades diarias —comentó ofreciendo datos que alimentan sus visiones sobre el mundo de hoy—. Cuarenta millones de niños se mueren de hambre en la Tierra, de enfermedades que son perfectamente curables. Lo más bajo, lo más cruel de esta humanidad es que es capaz de matar a niños por la espalda, como sucede en Brasil con los escuadrones de la muerte", puntualizó.

Oswaldo Guayasamín, quien acaba de regresar de Europa, estableció también una diferencia. "Mientras en Alemania, Italia y España se pelean por tener un auto mejor, nosotros peleamos un trocito de pan en la mesa. Mi pintura, humildemente, está ubicada en un lugar totalmente distinto, un lugar que es común en todo el continente."

Bordón en la muestra

El senador José Octavio Bordón firmó autógrafos del mismo modo que el pintor ecuatoriano y los músicos. Enfundado en un poncho beige, Bordón llegó a saludar junto a su mujer Mónica, luego de un asado en Potrerillos del que aún mantenían el olor en la ropa. Cuando el senador se reencontró con parte del equipo de trabajo provincial en el museo alguien deslizó un "qué tal, presidente". "Presidente, las pelotas", contestó Bordón sonriendo al tiempo que ingresaba a la sala donde Guayasamín se encontraba.



"Flores", 1965. Oleo s/tela.